

en Santa Isabel, desde septiembre de 1931 hasta diciembre de 1934. Durante esta época, la vida exterior del joven capellán era claramente adversa: finalizaba el año 1931 y en el Parlamento se discutían los artículos 3 y 26 de la Constitución republicana, de marcado carácter anticlerical. Además, su familia atravesaba una época de penuria económica. Pero todo esto contribuyó a fortalecerle interiormente: en estos tiempos, percibió de una manera muy intensa su filiación divina, el hecho de ser hijo de Dios. En el siguiente capítulo, la autora estudia el rectorado de San Josemaría Escrivá entre 1934 y 1945. Se explican las dificultades que atravesaron el rector y las comunidades religiosas de Santa Isabel durante los años de la Guerra Civil y las negociaciones llevadas a cabo por el rector en la postguerra.

La autora ha empleado, para su estudio, algunas fuentes inéditas del Archivo General de Palacio (Madrid), del Archivo General de la Prelatura del Opus Dei (Roma), los Anales del Colegio de La Asunción del Archivo del Real Colegio de Santa Isabel-La Asunción (Madrid) y el Libro de Profesiones del Real Monasterio de Santa Isabel (Madrid). Se trata, en definitiva, de un interesante estudio que ayuda a comprender mejor, por un lado, la historia de la Iglesia española en unos años especialmente convulsos, y la historia de una institución concreta, y, por otro, unos años especialmente singulares de la vida de San Josemaría Escrivá, especialmente relacionados con los inicios de la institución que fundó en 1928 y con aspectos centrales de su espíritu.

Esther GARCÍA

Henri DE LUBAC, *La posteridad espiritual de Joaquín de Fiore*, 2 volúmenes:

I. *De Joaquín a Schelling*, Madrid: Encuentro («Ensayos» 441), 2011, 408 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-9920-089-7 y II. *De Saint-Simon a nuestros días*, Madrid: Encuentro («Ensayos» 442), 2011, 477 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-9920-090-3.

El gran libro, en dos volúmenes, que ahora reseñamos es ya, esperamos, suficientemente conocido para los lectores de esta Revista. Vio la luz en 1981, y ya fue traducido y publicado por Ediciones Encuentro en 1989. La razón de dar noticia de él no es, por tanto, presentarlo, sino compartir la satisfacción de que esta obra haya sido reeditada por Ediciones Encuentro, y aprovechar la ocasión para volver a reflexionar sobre un teólogo y una obra de dimensiones excepcionales.

En el Prefacio escribió Henri de Lubac que el 17 de noviembre de 1964, desde su lecho del hospital de Basilea, Karl Barth

escribía a Jürgen Moltmann: «... Plantean-do mi pregunta de manera aguda: ¿caso su “teología de la esperanza” es algo más que el bautismo de “el principio Esperanza” del señor Bloch?...». El 4 de abril de 1965, desde Bonn, Moltmann contestaba a Barth: «... Comprendida en los tiempos modernos, la doctrina del espíritu ha sido enteramente coloreada de una manera entusiasta y milenarista. Joaquín está más vivo que Agustín. Por eso los unos hacen de la inmediatez del saber una superación de la fe, y los otros hacen de la fe una superación de Cristo...». Y comentaba el autor: «Estas palabras –pregunta y res-

puesta– definen bastante bien el estudio que sigue. Incluso si las liberamos del juicio de valor que implican por ambas partes, y que hemos de apreciar, dichas palabras nos parecen autorizar nuestra empresa y garantizar su actualidad».

Cuando escribía esto, De Lubac llevaba trabajando en esta obra desde hacía ya más de dieciocho años, y, según él, al principio había sido concebida como un desarrollo del capítulo dedicado a Joaquín de Fiore en su gran estudio «Exégesis Medieval». Ése fue el impulso inicial; después, tal como el autor explica también, diversas circunstancias fueron retrasando su terminación y se fueron modificando sus perspectivas, sin que jamás –dice De Lubac– «hayamos podido realizar toda la elaboración deseable».

A pesar de la modestia que caracteriza a este gran teólogo y excelente conocedor de la historia de las ideas y de los tiempos en que le tocó vivir, la obra que reseñamos puede considerarse, como muchas de De Lubac, un clásico de la literatura teológica del siglo XX y un punto de referencia necesario para quien quiera aproximarse, por un lado u otro, a la gran corriente de la historia de las ideas teológicas en su desarrollo constante y en su relación con las ideas filosóficas, sociales, políticas. De Lubac, en sus escritos más significativos, casi siempre va desde la teología a la historia y vuelta.

En el primer volumen trata «La innovación de Joaquín» (pp. 19-68); «Joaquinismo medieval» (pp. 69-120); «Buenaventura y Tomás de Aquino» (pp. 121-158); «Siglos XV y XVI» (pp. 159-2012); «Del Beato Joaquín a Dom Deschamps» (pp. 203-252); «Swedenborg, Lessing, Herder» (pp. 253-285); «Maistre y Ballanche» (pp. 287-322); «Romanticismo alemán» (pp. 323-353); «Hegel y Schelling» (pp. 355-388). Y añade tres interesantes apéndices: «El Anciano Siméon y el Niño Jesús»; «El Concilio de Arlés (1263)»; y un breve e incisivo estudio

que Robert Salter envió a De Lubac y él lo añadió como Apéndice: «Sobre la perennidad y universalidad del cristianismo según Schleiermacher».

En el segundo volumen: «Nuevos cristianismos» (pp. 7-47); «Lamennais y otros» (pp. 49-83); «Buche y la escuela bucheziana» (pp. 85-127); «Pierre Leroux y su profeta» (pp. 129-177); «Michelet y Quinet» (pp. 179-221); «Adam Mickiewicz» (pp. 223-266); «Cristianos y marginales» (pp. 267-315); «Las metamorfosis de la tercera edad» (pp. 317-361); «Del lado de Rusia» (pp. 363-409). Y termina con una conclusión titulada. «Neojoaquinitas contemporáneos». Y otros tres interesantes apéndices: «La Noche de Navidad» de Karsinki; «La insuperable plenitud», que recoge unos textos selectos de Hans Urs von Balthasar; «La enigmática actualidad de Joaquín de Fiore».

No es el momento de escribir, en una reseña, ni siquiera un breve comentario a los temas tratados aquí. Sólo quisiera señalar que esta obra sobre la posteridad de Joaquín es un ejemplo de muchas cosas. Señalaré tres.

En primer lugar, de la agudeza y la profundidad del teólogo De Lubac, que ya en su madurez –ésta es su última obra– mantenía un espíritu vivo y abierto a todo aquello que pudiera iluminar la verdad sobre la fe y la vida cristianas. Y esto en su relación y sus influencias en el mundo de las ideas. Saber historia de la teología no es algo cerrado sino que es un conocimiento que permite comprender la teología abierta a un diálogo con el mundo y con la historia general de las ideas. Y De Lubac logra decir siempre más de lo que dice. Está señalando algo que, basado en el estudio de la historia, es un problema siempre actual. En este caso nos habla de la eterna tentación de separar en la Iglesia el espíritu y la institución.

En segundo lugar, es un ejemplo por el método de trabajo. No parte el autor de

unas ideas preconcebidas para las que busca justificaciones forzadas sino que es un estudio que va descubriendo y ahondando trabajosamente en algo que al principio sólo era quizás intuido. Como los antiguos habían explicado el movimiento metódico de la ciencia: de lo conocido a lo desconocido, planteando nuevas y adecuadas preguntas.

Finalmente, es ejemplar en su superación de la moda que nos afecta tanto, en mi opinión negativamente, de distinguir divulgación y especialización. Si el escrito es bueno es ambas cosas, si no lo es, no es ninguna de las dos. Para quien lea esta obra, no se le ofrece una alternativa de ese

tipo. Todos aprenden, algunos descubrirán muchas cosas que antes no sabían, otros podrán discrepar en un punto u otro, otros añadirán cosas nuevas, porque los años no pasan en vano. Pero lo que quiero señalar es este modo de escribir de De Lubac y de otros grandes teólogos del siglo XX que se llamó una «teología de alta cultura». Era al mismo tiempo un trabajo de teólogos especializado en el sentido más noble de la palabra, pero que establecía un diálogo («divulgación») con el mundo y los intereses de la cultura.

Miguel LLUCH

Vicente VIDE y José Ramón VILLAR (eds.), *El Concilio Vaticano II*.

Una perspectiva teológica, Madrid: San Pablo, 2013, 571 pp., 17,5 x 21,5, ISBN 978-84-285-4250-0.

El texto corresponde a las Actas del congreso titulado «A los cincuenta años del Concilio Vaticano II», celebrado en la Pontificia Universidad de Salamanca del 15 al 17 de noviembre de 2012, y organizado por la Junta de Decanos de las Facultades de Teología de España y Portugal. Constituye pues uno de los tantos eventos organizados con motivo del 50º aniversario del comienzo del Concilio, aunque en este caso es destacable la diversidad de orígenes y orientaciones de los distintos ponentes. El resultado es por tanto un variado cuadro con distintos matices. El texto ofrecido comienza con un brevísimo acercamiento histórico (Rouco), a la vez que intenta recalcar en la actualidad y pertinencia del mensaje conciliar (Blázquez, Kasper). En este sentido, habría que destacar que la línea interpretativa que presentan la mayoría de los ponentes sería la de la «hermenéutica de la renovación en la continuidad», propuesta por Benedicto XVI en 2005 y que –en la

práctica– se concreta en acudir al *Catecismo de la Iglesia Católica* y al magisterio pontificio posconciliar como clave de lectura de los distintos textos del Vaticano II.

Tras abordar el mencionado marco hermenéutico del «significado general del Concilio Vaticano II» (pp. 15-75), son ofrecidas las «líneas de recepción» del Concilio, que ocupan la mayor parte del libro (pp. 77-559). En primer lugar, son abordadas las cuatro grandes Constituciones: los principios hermenéuticos (García López) y la aportación para la teología fundamental (Gelabert) de la *Dei Verbum*; la liturgia como «centro y cumbre de la vida cristiana» (Gutiérrez); la eclesiología y la teología ecuménica presentes en la *Lumen gentium* (Pié Ninot); la imagen del hombre (Prades), el estilo pastoral y la teología de las realidades terrenas (González Montes) presentes en la *Gaudium et spes*. Con este desarrollo tendríamos ya las coordenadas principales de la «brújula» para navegar en